

Introducción

*Quien recuerda sus días hace algo más que repetirlos:
se conoce en ellos, descifra enigmas psicológicos
que no fueron evidentes cuando ocurrieron los hechos.*
Juan Villoro (2007)

Este ensayo habla de una revista. A la cual no puedo referirme sin abordar el proceso de instauración de la censura en la Cuba posterior a 1959, cuyos ejes esenciales responden al esquema autoritario, en su concepción, en su elaboración, en sus acciones, en sus resultados.

En tal sentido este es un relato testimonial en construcción. Su empeño principal ha sido reunir y revisar como un fenómeno único, el conjunto de los sucedidos que he alcanzado a conocer acerca de la elaboración de la censura de prensa en mi país. Sé que esta mirada habrá de recibir añadidos y ajustes, pues mi convicción es que la integración mayor de esta historia solicita del trabajo en equipo, en el cual tendrían que intervenir la investigación documental, la experiencia personal y la memoria de periodistas de varias generaciones y medios de comunicación.

La revista *Cuba*, que tuvo como antecedente inmediato anterior a *INRA*, fue la segunda publicación periódica creada después del triunfo revolucionario; tras *Verde Olivo*, que surgía como órgano oficial de las nacientes Fuerzas Armadas.

A partir de ello, la Parte I del presente trabajo, en sus objetivos más generales, avanza desde lo local-particular (la revista *Cuba*, más tarde *Cuba internacional*) hacia lo general-nacional (la aplicación de la censura de prensa), con la finalidad de mostrar cómo este proceso se instala en lo más universal: la supresión de la libertad de pensamiento y expresión, que es rasgo común a los regímenes totalitarios de todo signo en el mundo.

Un fenómeno que deberá cambiar para los más recientes liderazgos sociales, si es que quieren sobrevivir —y deberían hacerlo— en este siglo de debates, en el cual la libre expresión posee nuevos y muy eficaces instrumentos y los receptores han priorizado el acceso a la información como nunca antes lo habían hecho en la historia de la humanidad.

El sustento de mi reflexión descansa en la creencia de que el gran talón de Aquiles de los movimientos reivindicativos –la historia lo prueba— es la libertad de expresión. Su carencia en los proyectos más esperanzadores ocurridos a lo largo del siglo XX y aun antes, ha terminado por colocar este anhelo en un sitio del mayor privilegio: junto al pan en la mesa y las luchas por el trabajo, la seguridad, la salud y la educación; pues cuando ella falta, tarde o temprano la importancia de lo demás se vulnera. Lo conseguido pierde eficacia y la sociedad se convierte en algo muy parecido a una botella tapada, en cuyo interior bulle el pensamiento reprimido con una efervescencia que, por no canalizada, está siempre a punto de estallar. Y con frecuencia lo hace, para producir nuevas restricciones, incluso más agudas.

Desde ese enfoque, el propósito específico de la Parte II de este ensayo es describir las herramientas de la generación que identifiqué con cierto libre albedrío como segunda de la revista *Cuba*, vinculada a ella durante toda la década del setenta, para dar continuidad al proyecto fundador. En un sentido cronológico ese relato avanza hacia la definición de los modos del periodismo que allí se hacía desde sus comienzos en 1960 hasta su declive total, en los años iniciales de los ochenta.

La revista *Cuba* fue única en el periodismo cubano de su momento. Y lo fue principalmente, porque a partir de los contenidos procedentes de la épica revolucionaria cultivó el lenguaje –literario en los textos, artístico en la fotografía–, lo cual inició una batalla por preservar ese estilo que duró veinte años y hoy se vería como parte de los combates por la libertad expresiva en las letras y en las artes. La hostilidad desplegada contra el ejercicio del periodismo literario en Cuba, fue, lo entendimos después, un reflejo de la acometida que soportaron los creadores más insumisos en defensa de su obra.

En la medida que se estrechaban los márgenes de la libertad de expresión en el país, la revista se volvió más única, y la resistencia cotidiana por conservar el legado fundacional arrojó resultados que hoy se parecen mucho a una escuela, sustentada por dos generaciones de periodistas que también eran escritores y artistas y, en su diversidad, lograron fundar y sostener un estilo de hacer

periodismo que estableció la diferencia con lo trillado, lo adocenado, lo gris, lo oficialmente aplaudido por los censores.

Al intentar responder al *cómo* de esa escuela, algún segmento del ensayo puede asumir las características de un texto didáctico. Ello obedece a que una de las intenciones al decidir enfrentarme a esta historia, portadora en buena parte de la mía propia, es dejar nuestra experiencia a los jóvenes profesionales, de mi país y de otros, que se asoman hoy al periodismo con vigor y creatividad. Y dejarla con el mayor detalle posible.

La lección que resulte de lo que aquí se cuenta podría servir de algo, aunque sólo se viera como testimonio acerca de los rasgos peculiares que tuvo en ese país específico, Cuba, la elaboración del tramado de la censura de prensa: un proceso que implicó la seducción personal del líder, quien a partir del discurso sobre la urgencia de instaurar un nuevo régimen portador del necesario cambio en las estructuras sociales, culpables de la desigualdad existente, nos sumergió en la creencia de que los cambios más profundos debían operarse en nosotros mismos, no sólo en lo que pensábamos, sino en lo que éramos como individuos y en lo que aspirábamos a ser como profesionales. Tal convicción cimentó el ejercicio social de las primeras generaciones de cubanos entregados a la acción revolucionaria. Y cuando tuvimos la sensación de que la deuda adquirida con la Revolución era tan grande que la vida no alcanzaría para pagarla, comenzamos a sentirnos culpables por nuestros más íntimos anhelos personales. Esa certeza del desmerecimiento fue justamente la que condujo a la sumisión y, con ella, a la aceptación de la censura, a la autocensura y, desde luego, al miedo al poder.

En los setenta, pocos se libraron de ello y aun los más díscolos, entre los cuales estaban los de *Cuba internacional* (1969), enfrentaban las críticas con una indiferencia que irritaba mucho más al censor, mientras persistían en la convicción de mantenerse dentro de los márgenes del “ser revolucionario”.

Un texto como éste no se escribe para quedar bien con nadie. Su propósito es ilustrar el relato testimonial que he elaborado a lo largo de muchos años y quedó inscrito en fragmentos pequeños y mayores, disperso en *folders* conservados en archiveros de metal y carpetas de ordenadores. Lo que establece

la diferencia con mis papeles inéditos y este ensayo, es hacerlo público con una atención – e intención — a su coherencia que no tuvo hasta ahora.

Cada afirmación, cada testimonio, cada cita de lecturas pasadas o presentes, cada ejemplo – con excepción de los documentos implicados en mi investigación testimonial (1989-1990) para *Cuba, Revolución en la memoria* (1994) --, procede de esos archivos conservados entonces por pura intuición, sin entender muy bien por qué lo hacía. Sólo cuando me enfrenté a la tarea de clasificarlos, lo supe. Su revisión les dio unidad en torno a un tema: la revista *Cuba*, y a su eje transversal: la censura. En virtud de ello, lo que van a leer es el resultado de una larga reflexión y una experiencia, asentadas ambas en ese acervo. Bajo la advertencia de que “la memoria existe como un oasis en medio del olvido”¹, confío más en la exposición comprobable, que tampoco es absolutamente inequívoca, que en los recuerdos propios, aunque este texto abunda en aquellos que he convertido en opinión.

De lo que aquí hablo es de lo que yo percibí a lo largo de una carrera profesional que me llevó de los predios universitarios al escenario real y cotidiano del periodismo en los años setenta y parte de los ochenta, como reportera y luego como jefa de redacción y editora de la revista *Cuba internacional*. De lo vivido y sabido durante esa experiencia es de lo que escribo. De mi propia pesquisa extraigo el recurso comparativo entre algunos documentos originales que prometieron lo que no se cumplió. Y también de varias zambullidas en recortes de prensa y folletos que ilustran los sucedidos en la década del sesenta, legados a mi compilación por el interés de ese acucioso lector, coleccionista y buscador autodidacta que fue mi padre.

En este trayecto, la gran sorpresa para mí fue percibir el modo en que se va elaborando la historia interior al tiempo que se participa en la externa, sin que apenas tengamos noción de ello a no ser por ese impulso de recoger, seleccionar, guardar, y aun anotar, los trozos prohibidos de una realidad que sentimos la irresistible necesidad de registrar.

¹ *Cuba, Revolución en la memoria*, Nota de la autora. P. 15.

Lo imprevisible ocurre cuando descubrimos que esas dos historias se vinculan tal como lo hacen el consciente y el inconsciente; cómo ambas han coexistido en la unidad que integra las creencias, pese a la construcción silenciosa de una y la vivencia de la otra en la acción cotidiana.

El completamiento de esa elaboración bífida, en mi caso dio como resultado una visión personal que si bien es muy crítica, descalificadora incluso, se sostiene sobre la convicción de que la Revolución Cubana partió en dos la historia de la América Latina. Todo lo que ha sobrevenido después en los movimientos sociales y en el acceso de las izquierdas al poder político en esta área del mundo, es resultado de lo que sucedió en Cuba en enero de 1959. Así como todo lo que sucederá en lo adelante con esos y otros proyectos nacionales, debería vincularse a la experiencia de lo malgrado en el proceso que fue la Revolución Cubana.

.....